

Argentina en crisis

Las noticias procedentes de Argentina son invariablemente negativas y nos hablan de una crisis económica que no parece tener fin. El riesgo-país para los inversores supera a los países del cuarto mundo y sigue subiendo. A pesar de estos indicadores, la crisis argentina no es sólo económica ni nueva: concierne a todos los aspectos de la vida y viene de mucho tiempo atrás. Además, no tiene los efectos que una crisis similar pudiera tener en países en los que el desarrollo no llegó a ser nunca una realidad. Es infinitamente más dramática y más desconcertante cuando afecta a un pueblo, el argentino, de alto nivel cultural, con una riqueza natural única, y con etapas de esplendor económico que le permitieron incluso mostrar su generosidad con los ciudadanos del actual Primer Mundo. La complejidad de la situación impide hacer aquí un análisis completo de sus causas, pero sí podemos acercarnos a ella para tratar de responder a algunos de los muchos interrogantes que suscitan las noticias del desastre.

Una situación nada fácil

El panorama económico argentino habla de riesgo de insolvencia, de quiebra, por una deuda que supera los 140.000 millones de dólares. Desde 1995 ha seguido un ritmo imparable, cada vez más pernicioso para los argentinos:

comprometió el PIB en un 27,6 % en 1995, creció hasta alcanzar la cota más alta en 1999 (el 39,5 %); y consume el 33 % del PIB actual.

Primero el actual Presidente De La Rúa, y ahora el *superministro* Cavallo —el mismo que en la época menenista y contra la eterna tendencia inflacionista argentina sobredimensionó el valor de peso y fijó su paridad con el dólar—, han diseñado sucesivos programas urgentes para luchar contra el déficit. Hasta ahora, todos fallidos, y con medidas antiinflacionistas para una situación de recesión económica: recortes al gasto público y de salarios, pensiones y pagos a proveedores; pagos parciales de sueldos en bonos a los funcionarios. Todo con el objetivo inalcanzable de gastar sólo lo que se recaude; pero el *déficit cero* no se ha cumplido: en octubre, superó los 676 millones de dólares, lo que eleva el desequilibrio acumulado en el año a 7.248,5 millones y complica el cumplimiento de la meta anual comprometida con el Fondo Monetario Internacional de 6.500 millones.

Hasta los obispos argentinos, tan proclives al silencio, han denunciado recientemente el sacrificio al que se obliga a la población, con un índice de paro muy superior al 20 % oficial, y la brecha cada vez más profunda entre ricos y pobres (14 millones de pobres en una población de 36 millones). Prácticamente se ha liquidado a la clase media, no hace mucho el 60 % del total. El panorama es desalentador. Empresas que cierran o trasladan sus plantas a Brasil, dejando ingentes masas de desempleados (en los últimos tres años se han perdido 3.000 empleos diarios); profesionales que se ven obligados a conducir sus propios automóviles como improvisados *remiseros* (una especie de taxistas privados de la economía sumergida); ancianos que no cuentan con el mínimo servicio asistencial o ven reducidas a la mínima expresión sus jubilaciones. A diferencia de lo que fue un país con tasa de analfabetismo inferior al 10 % en 1940 y con una política de *educación pública, gratuita y obligatoria* verdaderamente pionera, en la actualidad muchos niños no asisten a la escuela y están subalimentados. El crecimiento de los índices de criminalidad y de marginalidad es desmesurado.

Argentina en crisis

Los argentinos viven una verdadera depresión económica, con ruptura de la cadena de pagos, disminución crítica del consumo, y la percepción generalizada de *no hay salida*. La catástrofe lleva a los que más tienen a retirar depósitos —en octubre, 1.200 millones de dólares; y en un solo día, el 2 de diciembre, 700—, ante lo que el gobierno decreta el límite de 250 dólares semanales para la retirada de efectivo, prohibición que conculca los derechos más elementales y cuyos efectos pueden traducirse en una morosidad general, en cadena. Los que están mejor formados buscan en la raíz europea de sus orígenes la posibilidad de un exilio obligado al primer mundo, a riesgo de ser subcontratados, sin tomar en cuenta su capacitación, a cambio del magro sustento de supervivencia. Las largas colas ante los consulados europeos son un testimonio de la desesperación de los desahuciados, obligados al reflujó a las tierras de padres o abuelos, a la separación de sus seres queridos, amigos incluidos. Lo confirman los datos aún provisionales del último censo: la población se incrementó sólo en 4 millones (si restamos los casi cinco millones de inmigrantes censados, la dimensión de la *diáspora* es mayor)

La idea de fracaso se ha impuesto a todos, incluso a niños y jóvenes —el futuro real de cualquier sociedad—, que no ven ya en los estudios ni en el esfuerzo las vías de mejora personal y social.

Con múltiples causas

No hay una única razón de la actual crisis, que ni es exclusivamente económica, ni es nueva, ni se debe sólo a la realidad nacional. Es el fracaso estrepitoso del modelo económico del liberalismo a ultranza para el que las estructuras argentinas no fueron preparadas; es mucho más profunda y dilatada en el tiempo, y de carácter político, social y moral. ¿Cuál fue el inicio de la decadencia de un país que en las primeras décadas del siglo XX aparecía entre los más ricos y con más futuro del mundo? Por entonces, Argentina tenía un producto *per cápita* superior a los de Japón e Italia, una población constituida mayoritariamente por inmigrantes europeos sin problemas de

integración y modelo de tolerancia, una clase media sólida y extensa y una consistente tradición democrática. Para muchos analistas, el golpe militar de Uriburu contra el presidente constitucional Hipólito Irigoyen, en 1930, marca el inicio de la decadencia, abriendo la sucesión de dictaduras, golpes de estado, destrucción de la sociedad civil. Los primeros dos períodos (1946-52, 1952-55) de gobierno peronista, demagógico y de ideología cercana a los fascismos europeos, representaron la oportunidad perdida tras la segunda guerra mundial, que definió, por el contrario, el desarrollo de países como Estados Unidos. La corrupción se adueñó del sistema político; el populismo alimentó una concepción mágica y paternalista del Estado que dio al traste con el industrialismo y la laboriosidad de muchos argentinos. La cultura se mostró como amenaza para los *descamisados* peronistas; la religión, como un poder enemigo; y las personas que no compartían los postulados justicialistas, como adversarios a los que sólo cabía destruir. Toda esta situación dio *razones* al autoritarismo de las fuerzas militares, a las que en más de una ocasión las clases oligárquicas convocaron como mesías providenciales. Desde el golpe de Estado que derribó a Perón, la historia argentina es una sucesión de juntas militares dictatoriales y de gobiernos civiles cada vez más débiles, pero todos invariablemente corruptos e ineficaces, que han hecho del endeudamiento progresivo una constante.

La sociedad argentina se fue conformando como un conjunto paradójico, de grandes contradicciones pero también de una cierta homogeneidad muy diferente a la de otros países del continente. Por un lado, una cultura refinada, con los ojos puestos en el exterior –sobre todo en Europa, ya que USA nunca ha sido considerado un paradigma en este sentido–, en la modernidad y en la excelencia, que pudo extenderse a través del sistema educativo –todavía la universidad pública es totalmente gratuita– a la clase media, muy autocrítica. Frente a este sector social, un populismo exacerbado y fanático, fijado en el *imaginario* peronista y nacionalista de *somos los mejores*, sin ningún fundamento, y que esperaba (y aún espera) el *regalo* de la vivienda por parte del *papá Estado*, como prometió la *santificada* Evita Perón. No es

Argentina en crisis

extraño pues que la historia argentina pase alternativamente por estados de euforia y de depresión, según las fuerzas dominantes.

Las Juntas militares incrementaron la deuda pública y, con su política de exterminio de la disidencia y con sus desmanes - devaluaciones increíbles y continuas, la guerra contra los ingleses, entre otros muchos-, fueron completando el expolio y destruyendo la fuerza de las clases medias, la iniciativa de la sociedad civil bienpensante. El descrédito de los políticos, militares y no militares, llevó a quienes podrían haber sido motor del cambio al exilio, o al *sálvese quien pueda*, o al *no te metás*.

La recuperación de la democracia, en 1983, con Raúl Alfonsín, nació en extremo frágil y, aunque supuso un avance significativo respecto de las libertades políticas, no supo mejorar una realidad demasiado deteriorada y dolorida. El más reciente momento de euforia fue la elección democrática del justicialista Menem en 1989, reelegido en 1995, **quien** inició una política de privatizaciones –algunas tan desastrosas como la de Aerolíneas Argentinas– y de un liberalismo rabioso apoyado en la paridad peso-dólar que ofreció una imagen inicialmente exitosa pero de la que la crisis de hoy es obligada herencia, junto a su despilfarro del dinero público y a su corrupción generalizada. Precisamente fue Cavallo el que gestionó y acordó en dicho período los intereses de la deuda del 25 % que, ahora –paradojas de la política argentina– quiere reducir al 7 %.

En los momentos de *euforia nacional*, más de cuatro millones de inmigrantes –chilenos, paraguayos, peruanos, uruguayos, ecuatorianos, coreanos, yugoslavos, rumanos, etc.–, fueron acogidos como en los viejos tiempos de las grandes migraciones y ahora malviven en las *villas de emergencia* o en el más deprimido *Gran Buenos Aires*, con problemas de integración social nunca vistos en la antes muy europea *Reina del Plata*. Muchos argentinos volvieron esperanzados a la patria y hoy se ven obligados a un nuevo exilio. Sin duda, este largo proceso, coronado con la impunidad de los culpables, ha dejado varias *generaciones perdidas*.

Que necesita de los propios recursos humanos para ser superada

Frente al *sálvese quien pueda* que se impone para muchos como única solución, la realidad argentina tendría solución si se diera un giro a los factores que la han desencadenado.

En primer lugar, se impone un cambio político urgente en democracia, tan duramente conseguida, que suponga una renovación integral de caras, de nombres, de talentos y de medidas y soluciones. La actual clase política ha demostrado sobradamente su ineficacia, su alto grado de corruptibilidad, su incompetencia. Como se dice con ese humor ácido tan característico del país, *en la política están sólo los peores promedios de cada facultad*. A diferencia de otros países latinoamericanos, Argentina tiene una cantera de profesionales altamente capacitados para desempeñar con eficacia y honradez las funciones públicas: muchos de ellos ya están fuera; pero muchos también permanecen dentro, luchando y sufriendo silenciosamente en el ámbito privado sin querer la más mínima relación con los actuales servidores públicos. No se trata de buscar un *mesías* –los mesianismos y las tentaciones autocráticas han llevado a demasiados desastres–, sino de buscar la cooperación, el trabajo en equipo, de políticos capaces, con la participación activa, consciente, de la sociedad civil. No es fácil pero tampoco imposible. El descrédito actual de la clase política es de tal magnitud que gran parte de la población recibiría con entusiasmo algún rostro nuevo, con un hacer eficaz, comprometido y *que sepa*.

El acierto de unas medidas bien llevadas a efecto –por ejemplo, una política fiscal seria, sin margen para el enriquecimiento ilícito de unos pocos que poseen mucho y que medran con la crisis de los demás– sería algo tan sorprendente que contaría con el apoyo de muchos argentinos, hoy por hoy, absolutamente desesperanzados. Además, supondría el aglutinante de otras iniciativas de la sociedad civil, a la que tanto devaneo político ha sumergido en la apatía o en la *huida*.

La crisis actual es también moral, por lo que exige medidas de esta naturaleza. La impunidad generalizada de las desapariciones y los asesinatos de la dictadura, convalidada por las medidas de *punto final* implícitas y explícitas, han hecho que todo valga. La supervivencia justifica el robo, la evasión de impuestos, la inmoralidad pública y privada. La herida en falso que se cerró por decreto, debe ser restañada con justicia. Igualmente deben ser castigados los miles de actos de corrupción que, como *vox populi*, se aceptan en los aledaños del poder.

Es fundamental una reforma educativa y social que alcance a esa mayoría de la población acostumbrada a la demagogia y a los mitos del pasado, a la que la actual situación ha sumergido en la pobreza y en la marginalidad. Las fuerzas morales de la población, dispersadas, disminuidas, deben recuperarse y reforzarse con una revaloración del esfuerzo, del compromiso de la palabra dada, de la solidaridad con el propio país y con su destino.

Por último, la deuda no debe ahogar –y matar– el destino de una nación como Argentina. Como ha recordado la Asamblea Episcopal Argentina, *un pueblo no puede morir por pagar la deuda externa*. El capitalismo salvaje y la tiranía del mercado no deben imponer sus sórdidas leyes a ultranza. ¿Por qué, por ejemplo, no se eliminan las restricciones al libre comercio de los productos argentinos? Las exigencias de los acreedores han de limitarse en razón de lo pagado hasta ahora pero, sobre todo, de las consecuencias para la población. Medir con dos varas muy distintas la cuestión de la deuda –para unos, condonación e incluso el famoso 0,7; para otros ni siquiera la reducción de unos intereses desmesurados- es una verdadera injusticia que no puede sostenerse con un mínimo de sentido común. El primer mundo debe ser primero no sólo por su cuenta de resultados y por su poder económico sino también por la consideración y respeto de los derechos humanos de todos los pueblos. La nación que en un tiempo fue tierra de promisión, abierta a cualquiera que quisiera desarrollar un proyecto económico, que acogió a millones de inmigrantes europeos y supo motivar a empresarios e

inversionistas de todas las razas no debe ser vista por el Primer Mundo acreedor sólo como una fuente de recursos materiales, sometida a sus dictados, y que sólo interesa si se deja explotar. Si fracasa Argentina, en cierto modo, fracasamos todos.